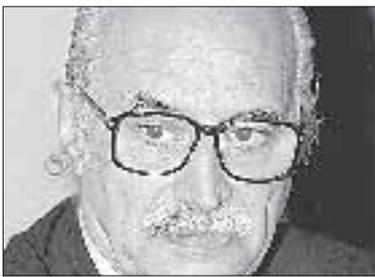


ABERRACIÓN ANTICRISTIANA

Los temas centrarán el debate constituyente en el seno de la Unión Europea. La distribución del poder de los Estados, o los votos que han de corresponder a cada uno de ellos, será resuelta con el criterio de la proporcionalidad de la población. La inexplicada exclusión del cristianismo en el Preámbulo de la Constitución ocasionará una pedestre polémica carente de sentido político, pero no exenta de interés histórico y cultural.



taban, hasta que las antorchas escolásticas del humanismo integral (Maritain) y del humanismo literario (Bernanos) penetraron en la última noche universitaria. Ahora, un gobernante católico emergido de aquella penumbra

azulada pide la incorporación del cristianismo a los fundamentos históricos de Europa.

Como ateo no militante, me atengo a la verdad de los hechos. Ningún factor ha sido más determinante de la unidad del espíritu europeo que la doctrina y la creencia cristianas. Las guerras de religión se vivieron como guerras civiles. Como militante de la libertad política y la dignidad personal, sostengo que, salvo la práctica científica del nacionalismo, ninguna forma de poder estatal ha sido más adversa a la humanidad que la derivada de la con fesionalidad del Estado (teocracia) o de la conjunción de los dos poderes (agustinismo). Teocracia de guerra santa o Providencia de guerra preventiva, Sr. Aznar, son una misma aberración anticristiana.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

GRANDES FASTOS Y DESARROLLO

¿Debemos «confiar en nuestras propias fuerzas», como decía Lenin, o depender de acontecimientos externos y aleatorios? La pregunta viene a cuento de dos recientes noticias y los comentarios



minar nuestra vida colectiva y las políticas que la guían.

Veamos ambos acontecimientos. La renuncia a instalar el ITER en nuestro país ha suscitado acertados comentarios, referentes a nuestras relaciones internacionales. La

que han suscitado. Una de ellas se refiere a la liquidación de las aspiraciones a montar en Vandellós el reactor experimental ITER, destinado a investigar las posibilidades de la energía de fusión. Las reacciones generalizadas han sido de decepcionada frustración. La otra concierne a la consecución por la ciudad de Valencia de las regatas en que se disputa la llamada «Copa América». Ha producido, en cambio, una satisfacción rayana en el entusiasmo en los círculos oficiales, culminando en el enternecedor beso de la alcaldesa al trofeo. Pero, a través de las opuestas emociones de desengaño y de alegría, se revela algo común: la atención desmesurada a posibilidades que dependen de decisiones exteriores a nuestra voluntad. A todo lo que, además, reviste un carácter espectacular. Y el olvido alienante de un camino propio de desarrollo autocentrado en la economía y en la investigación. Un espejismo que parece do-

falta de apoyos en la Comunidad Europea era predecible, dado el aislamiento creciente, teñido por añadidura de arrogancia, con que la política de Aznar se mueve dentro de ella. La postura ante la invasión de Iraq, la beatería ante el Pacto de Estabilidad, las desesperadas críticas al consenso sobre el proyecto de Constitución no son actitudes que propicien evidentemente la solidaridad con nuestras aspiraciones.

Pero tales críticas parten de aceptar como una realización positiva la instalación de la central en nuestro suelo, supuesto que no se ha debatido suficientemente. He leído bastantes críticas ecologistas y hace ya tiempo mantuve conversaciones con físicos muy competentes como el francés Escoubés —desgraciadamente hoy fallecido— que formulaban reservas importantes sobre el futuro de esta tecnología. Por más que permita frases exaltatorias tales como la de que, cual nuevos Prometeos, vamos a traer los mecanismos de la energía solar a nuestro planeta.

Pero no es sobre este complejo y delicado aspecto técnico sobre el que querría pronunciarme, sino sobre algo más básico: la política científica de nuestro actual Gobierno. Sorprende el contraste entre el interés mostrado en la batalla por la instalación de esta central y la falta de atención y apoyo a la investigación que continua y cotidianamente se realiza en nuestro país y habría que potenciar, aunque no resulte tan llamativa. Lo lamentable no es tanto el hecho de que el ITER no se instale en España, sino que el número de plazas de investigador sea tan bajo, que la proporción de nuestro PIB dedicado a la investigación venga a ser la mitad del destinado a este fin por los otros países europeos, que en campos tan importantes como la posibilidad de trabajar con células madres de embriones se tropiece todavía con insostenibles prejuicios, que los organismos internacionales tengan que llamar la atención sobre nuestra penuria en financiación de las actividades científicas y educativas.

El deslumbramiento por lo espectacular domina a nuestros políticos actualmente en el poder. Y en este sentido resultan también significativas las reacciones ante el otro acontecimiento a que antes me refería: la concesión de la disputa de la Copa América en Valencia como sede. Se va a acelerar el AVE a esta ciudad —¿incluidos socavones?— y mejorar las instalaciones del aeropuerto, precisamente ahora. ¿Es que los valencianos y las personas que habitualmente viajan a la Ciudad del Turia no merecían estas facilidades de transporte hasta que llegan regatas y espectadores? ¿Es que impulsar el comercio, la actividad industrial y cultural que constituyen la corriente vital, auténtica de una ciudad no tiene más importancia que una ocasional competición deportiva? No nos engañemos: el escaparate, vistoso e inmóvil, no es la palpitante vida.

Carlos PARÍS

LA ELEGANCIA Y LAS MIELES

Hay líderes que batallan en todos los frentes y cumplen los objetivos, pero luego aparecen ante el público con una imagen impecable, para que nadie les note el esfuerzo. Uno de los políticos que mejor despliega esta elegancia es Eduardo Zaplana. El ministro de Trabajo y portavoz del Gobierno ofrece siempre una imagen fresca y sonriente. Joven, buen dialéctico y con un especial encanto personal, sabe cautivar y emplea estas armas ya sea con los sindicatos o en su más reciente tarea como portavoz. Pero detrás de esta imagen existe una solidez basada en el trabajo y en la inteligencia de saber llevar con firmeza el timón. Se ve ahora con su labor en Trabajo y lo demostró de sobra en Valencia. Él, y no otro, ha sido quien ha puesto a esta Comunidad a una

altura tal en todos los órdenes que la han hecho merecedora de la Copa América. Ha sido el artífice de este progreso con una labor constante, como le reconocen propios y extraños. Por eso, ahora, cuando llegan las mieles del triunfo, sorprende que no estuviera en Valencia, junto con Camps y Barberá, la noche en que llegó la Copa. A su sucesor le venía el éxito de su mano, pero no le oímos ninguna referencia. Nada a quien tanto debe. Eso sorprende más. Mientras, desde Madrid, Zaplana felicitó y se alegró. Esa es su elegancia.



Luisa PALMA



Si se nombran los factores que han contribuido a la formación del espíritu europeo, a lo que la Constitución no está obligada, no se pueden silenciar la cristiandad, el ortodoxismo, el protestantismo y la catolicidad romana. Si se ponen en la cuneta de la historia, resultarían marginados el laicismo ilustrado y la gobernación eclesiástica; el ateísmo revolucionario y las restauraciones confesionales; el romanticismo idealista y el positivismo social; el mesianismo eslavo y el nihilismo moral. Todo se meció en la misma cuna clerical del cristianismo.

Si alguna vez existió pensamiento y conciencia de Europa fue en el XVIII (Paul Hazard). Lo reveló la expulsión de los jesuitas de Portugal, Francia, España e Italia, y su refugio en los Estados protestantes de Federico II. El hijo de María Teresa de Austria, José II, escribe a Choiseul: «Conozco como nadie los esfuerzos de esas gentes para gobernar y perturbar Europa desde el cabo de Finisterre hasta el mar del Norte; en Alemania, son mandarines; en Francia, académicos; en España y Portugal, los grandes de la nación, y en el Paraguay, reyes». El jansenismo, los filósofos, las envidias de otras órdenes católicas y la intriga del Marqués de Pomal pusieron fin a la educación de la clase dominante europea en las letras clásicas. Y un enseñante escolapio pudo ser héroe de Polonia bajo Estanislao Augusto.

El mismo fraude de la ilustración afrancesada que ayer metió a los jesuitas (pedagogos de las cortes) en el atentado contra José I, Rey de Portugal (1758), y en el motín de Esquilache (1766), hoy saca subrepticamente al cristianismo de la historia europea. El presidente de la Convención, Giscard d'Estaing, travestido arlequín de Voltaire, reniega de su casuismo jesuítico («oui, mais»). Y los Gobiernos protagonistas de aquel expolio por razón de Estado, paralelo al de Felipe el Bello contra los Templarios (banqueros de las Cortes), son los que ahora unen la reclamación nominal del cristianismo a la de privilegios en el número de votos, para lograr minorías de bloqueo en la UE. ¿Coincidencia?

La catolicidad es una de las cuatro especies del cristianismo. En España, la Contrarreforma siguió luego un curso europeo con el padre Feijoo y otro antieuropeo con Donoso Cortés. El catolicismo español vivió a contrapelo del cristianismo, salvo en la brillante época donde los teólogos de Salamanca y Coimbra lo dic-